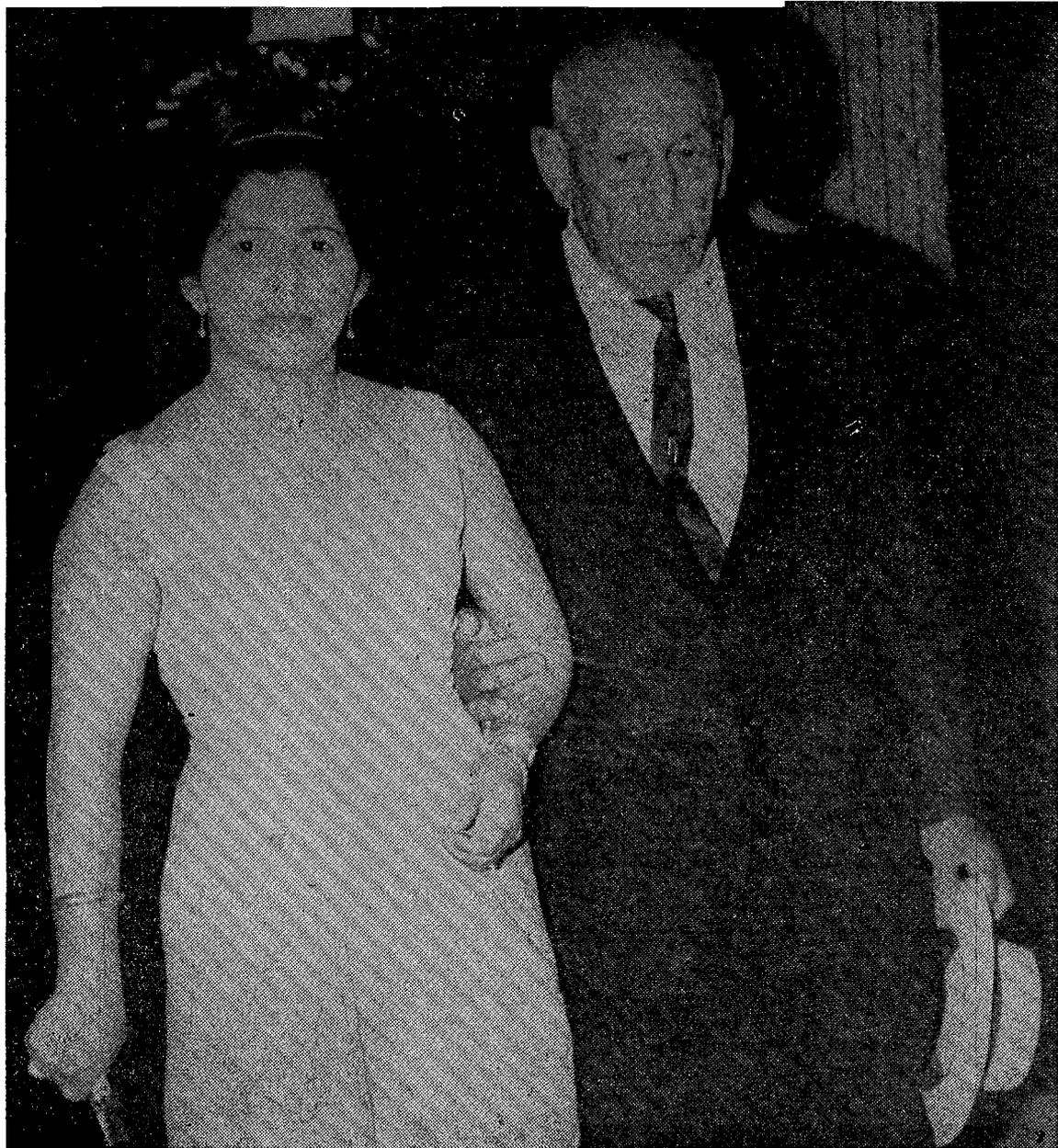


Los  
últimos  
3  
años



# del General Chamorro al lado de su esposa

**MERCEDES R. Viuda de CHAMORRO**

Como la esposa y compañera del General Emiliano Chamorro durante los últimos tres años de su vida, voy a hacer memoria de episodios delicados, cerrando en cierto modo los que él mismo narró en esta Revista en su Autobiografía, que en este número se reproduce, y que había quedado trunca ya que sobrevivió a ella durante esos tres años.

Comenzaré diciendo que cuando me casé con el General Chamorro, yo tenía 30 años y él 93. Un hecho insólito que se explica en un hombre extraordinario.

Empecé por venerarlo aun antes de conocerlo, porque así, con veneración, se le amaba en la casa de mis padres, don Mercedes Rodríguez y doña María Teresa Urbina, hoy viuda de Rodríguez. Lo recuerdo cuando apenas tendría yo unos 8 ó 10 años, cuando él visitaba nuestro hogar donde se le quería, como digo, con verdadera devoción. Supongo que desde entonces comencé a sentirme atraída por él, porque recuerdo hasta las conversaciones que se sostenían hablando de política y de los planes que se hacían para que el Partido Conservador volviese al poder. Desde entonces hice que se me tomase en cuenta y que, al correr de los años, cuando fui conociendo a otros grandes dirigentes conservadores, se me permitiese prestar a la causa mi modesta cooperación. Fue entonces que el General Chamorro me dejó sentir que confiaba en mí, porque en varias ocasiones desempeñé comisiones políticas, sirviendo de mensajera, y gozando de su total confianza. Me imagino, pues, que tales fueron los más íntimos sentimientos que se anidaron en mí hasta llegar a ser su esposa.

El había enviudado y yo era una mujer hecha y derecha. En mi propiedad, que es una finca de unas cien manzanas a 15 kilómetros, mas o menos, distante de Managua, sembrábamos arroz, maíz y frijoles. Los granos que cosechábamos, solíamos venderlos al General para la provisión de víveres de su Hacienda "Río Grande". Sus camiones iban a traer los granos de mi finca y yo venía a Managua a cobrar el cheque del General. Debido a este negocio, nuestro trato se fue haciendo más frecuente y más manifiesta la confianza que me dispensaba porque iba encomendándome comisiones de diversos órdenes.

Un día de tantos en que visitaba mi casa, sonriéndose me dijo:

—"Quiero decirte una cosa, Merceditas. Tengo un plan que deseo exponerte, pero al verte se me desbarata".

—"Jesús, General", le repuse, "y porqué? Se trata de algo tan difícil que no pueda yo ayudarle?"

Y él prosiguió: "Si tu me ayudaras, yo sería el hombre más feliz en mis últimos años".

—"No le entiendo, señor", alcancé a decirle, mas él interrumpió la conversación asegurándome que volvería a renudarla en otra ocasión para explicármelo mejor.

Poco tiempo después volvió a mi casa. Esta vez venía de su Hacienda "San Lorenzo". No había almorzado y fui a prepararle de comer. Recuerdo que serví la mesa y me senté a su lado para acompañarlo a almorzar. Después bajé una hamaca y se la ofrecí para que descansara en ella. Una hora más tarde llegó a llamarme una de las empleadas para decirme que el General ya se había levantado. Cuando llegué para ver en qué podía atenderle, me pidió que me sentara a su lado porque deseaba hablarme del plan que tenía gran necesidad de exponerme. Me habló entonces de que su vida era muy triste por la soledad en que la llevaba a tan avanzada edad, no teniendo con quien compartir ni sus alegrías ni sus problemas. "Si no te resintieras conmigo", acabó diciéndome, "quisiera confesarte una cosa: Mi deseo de casarme contigo". Yo sólo acerté a hablarle de mi desinteresado afecto.

Pasaron los años y el General siempre persistía en su idea de casarse conmigo. Un día me dijo mi padre: "Parece que el General está enamorado de tí, pero yo no puedo juzgar sus intenciones". "Papá", le dije, "él quiere casarse conmigo". Y él me repuso: "Estás muy joven para su edad tan avanzada, pero como he sido su compañero de armas y es mi amigo tan íntimo me limito a pedirte que le sirvas con cariño y propiedad".

Todavía entonces yo no le daba mayor importancia al asunto, porque suponía que era una cosa pasajera en su ánimo, pero cuando mi padre murió el General insistió en su propósito al punto de decirme con frecuencia: "Merceditas, ahora que no tienes papá, yo quisiera que nos casáramos para que tu te convirtieras en una hija para mí y yo en padre para tí". Hasta que un día, atraída por el cariño que le sentía, le dije que sí, siempre que contara con la anuencia de mi madre. Ellos dos, mi madre y el General hablaron del asunto en repetidas ocasiones, y se llegó a fijar la fecha del matrimonio para el 9 de Marzo de 1963, después de

que ella me hiciese la siguiente amonestación: "El General me asegura que estás decidida a casarte con él, a lo que yo no me opongo siempre que te rindas perfecta cuenta de lo que sería ese matrimonio. Sabes que por ser él un anciano, sólo te tocaría contemplarlo y cuidarlo, y que también será por corto tiempo. Estás dispuesta, sin embargo, a cumplir con tus deberes de esposa a pesar de todo eso?" Yo le respondí que sí, supuesto lo quería muchísimo.

Para ese entonces el General se hallaba tan delicado de salud que David Méndez, su secretario, llegó a informármelo por encargo del Dr. Adán Solórzano, quien pedía que inmediatamente me trasladase a Managua para atenderlo. Quince días pasé a orillas de su lecho, acompañada de otra señora y cuando él hubo mejorado, regresé a mi casa. Pero el General sufrió una nueva recaída y volvieron a llamarme. Fue en esta vez que resolvimos no demorar más el matrimonio.

Como dije, el General se hallaba grave en poder solamente de su secretario, que aunque solícito como el que más, no era la persona indicada para servirle. Viéndolo en tal situación el Doctor Solórzano exigió que se me volviese a llamar para que fuese yo quien se encargase de cuidarlo, medicinarlo e inyectarlo de acuerdo con sus indicaciones.

El General no quería molestarme, pero al fin cedió ante la insistencia del Doctor y envió a traerme. Fue así cómo regresé a la Pensión, instalándome a orillas de su lecho.

Aquella misma noche, como a las siete, doña María Urtecho de Zavala llamó por teléfono para informarse sobre si era cierta la gravedad del General y habiéndosela confirmado, me dijo que llegaría inmediatamente en compañía de un sacerdote Jesuíta, a quien en aquellos momentos tenía de visita en su casa. Doña María me pidió que así se lo anunciara al General, porque llegaría para pedirle que se confesara. Así se lo manifesté a Mariana y Estebanita, las dos hermanas del General, quienes se lo hicieron saber, habiéndose mostrado el propio General muy gustoso de hacerlo.

Esa misma noche que se confesó iba a efectuarse la boda por sugerencias de doña María, pero hubo que posponerla hasta el siguiente día porque el Jesuíta no tenía en aquellos momentos la autorización eclesiástica necesaria.

A la mañana siguiente, en momentos en que el sacerdote le daba la Sagrada Comunión, entró el Juez que venía a celebrar el matrimonio civil, y mientras éste se efectuaba, don Abel Gallard salió en busca de Monseñor Alejandro González y Robleto, Arzobispo de Managua, para obtener el permiso correspondiente que necesitaba el sacerdote Jesuíta; pero Monseñor González y Robleto prefirió celebrarlo en persona, como así se hizo a las 7:00 p. m. en la misma Pensión Romero, situada del Parque Central media cuadra abajo, sobre la Calle del Triunfo, en esta ciudad de Managua.

Nuestro matrimonio, por supuesto, fue muy comentado nacional e internacionalmente. Unos lo aprobaban y otros no. Unos, por la diferencia de edad, y otros, porque yo pertenezco a una familia humilde pero noble. Lo que sí puedo decir, y me siento segura al afirmarlo, es que todas aquellas personas que me conocían estaban acordes en reconocer que el General Chamorro había hecho muy bien en dar ese paso, y así nos lo hicieron sentir con sus felicitaciones, siendo todas ellas personas dignas.

Al día siguiente de habernos casado, el General Chamorro dejó de ser para mí el hombre a quien empecé a querer por su actuación política en Nicaragua. Ahora era mi esposo. Había comenzado una nueva vida para mí. Yo había dejado de ser "la Merceditas", como cariñosamente me llamaban, para convertirme en Doña Mercedes de Chamorro. El mi esposo y yo su esposa. El enfermo mi paciente y yo su enfermera.

Me consuela recordar cómo, desde entonces, mejoró tanto su salud desde que contrajimos matrimonio. Lo encontré recluido, allá en una pequeña pieza de la Pensión Romero. Una habitación que sólo era para dormitorio pero que se hallaba convertida en sala de recibo, oficina y hasta comedor. Como nunca había tenido casa propia, lo primero que hice fue sugerirle que nos trasladáramos a una mía, aquí en Managua, pero él rehusó con mucho orgullo y cierta delicadeza. "Ten paciencia", me decía, "hasta que pueda construir la propia nuestra. Y así poderle dar ese gusto". Fue así cómo hasta la edad de 93 años que el General Chamorro llegó a construirse la casa en que vivió conmigo, en donde acaba de morir, casa como su vida, como la nuestra, sencilla y modesta, con un amplio dormitorio y ventanal que da a un patio varias veces más grande que la casa, donde corren las gallinas, —entre las que se crió en Comalapa— levantándose como sus gallos al primer canto de la madrugada.

"Merceditas", me decía, "vieras que feliz me siento aquí, porque todo lo

que me gusta a mí, te gusta a tí". Estos tres años de nuestro matrimonio, fueron para mí los más felices de mi vida. Fueron como un mar de cariño que me regaló el General. Para mí, donde hay cariño hay felicidad, y yo trataba de corresponderle con atenciones y cuidados. En todo, nuestro matrimonio fue común y corriente, porque mi esposo, el General Chamorro, no era un hombre común y corriente.

La verdadera celebración de nuestro matrimonio se llevó a cabo en la Hacienda "Río Grande", mas o menos al mes de casados, cuando resolvimos realizar ese primer viaje que hacía con él ya de casada. Todos los empleados de la Hacienda se reunieron para celebrar nuestra llegada. Unos, porque ya me conocían, y otros, porque deseaban conocerme, todos nos esperaron a la pasada del río, reventando bombas, cohetes y morteros a nuestra llegada y gritando el famoso y popular, "Viva Chamorro!"

Bajamos del jeep para montar a caballo, y así, en caravana, llegamos hasta la Casa-hacienda donde nos reunimos como a quinientas personas.

Se mataron novillos y cerdos y se repartieron camionadas de gaseosas, licores y abundantes comidas, al son de las marimbas, y los campistas corrían a los toros en nuestro homenaje en uno de los corrales convertido en barrera.

Durante dos días la Hacienda "Río Grande" se convirtió en un pueblo que parecía celebrar la fiesta de su Santo Patrono, que en este caso era el matrimonio del General Chamorro con Mercedes Rodríguez.

Ahora que esta casa está vacía y yo estoy viuda, echo a volar estos recuerdos como reflexionando conmigo misma. Se me vienen a la mente pequeñas frases que dentro de mí se tornan inmensas. Una madrugada, a eso de las 2:00 am. me desperté para acercarle unas frutas que gustaba de comer aun a esas horas, y observándome solícita con él, me dijo estas palabras que no puedo olvidar: "Vieras que apenado me siento que lo peor de mi vida te haya tocado a tí. No te merecías que yo te hubiera tocado en esta forma". Y yo le contesté: "No debes sentirte apenado por ningún motivo, ya que mis deseos son servirte y cuidarte hasta el último momento. Por el contrario, deberías estar orgulloso y feliz, seguro de quien te quiere como yo". El, con un gesto sonriente, me rindió las gracias.

Como jamás conoció el temor, éste nunca hizo mella en él y, por consiguiente los problemas no le minaban su salud. Creo que a ese coraje, —que hacía que la misma muerte le pareciese un insignificante detalle—, es que se debe que su vida llegase a ser tan larga. Para hacerse ilusiones, para planear, para trabajar aun a los 95 años, era joven. Cinco minutos antes de morir, no exagero, estaba haciendo arreglos con un ingeniero para unos trabajos de irrigación.

En vísperas de nuestro viaje a Washington para internarse y operarse en el Hospital Walter Reed, como huésped del Departamento de Estado, me decía: "Si vuelvo encajonado, haz tal cosa y tal otra. Pídele a Dios, eso sí, que no muera fuera de mi Patria, porque quisiera morir en mi casa". Dos días después de aquella grave operación, se maravillaban de su espíritu los gentiles médicos norteamericanos que tan solícitamente lo atendieron comentando modestamente que sin su temple, jamás hubiesen podido tener el éxito que se gozaban haber alcanzado, al verlo ya sentado en una silla nítidamente vestido de saco y corbata, rogándoles que le permitiesen hacer un recorrido por las calles de Washington, en las que, hacía 50 años, se había paseado ufano. Y sus deseos fueron cumplidos, porque doce días después de operado, recorrió aquellas calles al lado de sus altos anfitriones militares.

Fue siempre un hombre que no perdía el tiempo y que necesitó siempre estar ocupado en algo. Por lo general, Emilianito, como llegué a llamarle ya casada, se levantaba a las 5:00 a.m. a bañarse, y muchas veces lo hacía aún a las 4:00. Era muy limpio. Tomaba un jugo de naranja y después de revisar los periódicos, continuaba la lectura de sus libros que, por lo general, versaban sobre asuntos de historia. Aquel viernes, víspera de su muerte, me desperté y lo hallé leyendo, a esa hora, un libro intitulado "Historia secreta de la última guerra", que por cierto quedó interrumpido para siempre en un capítulo que tiene por título, "Cómo se secuestra a un General".

A las 7:00 am. estaba desayunándose con Corn Flakes y leche, un pancake, un huevo, un pedacito de pan con queso de mantequilla y una taza de café con leche. Siempre gozó de buen apetito y de buen humor, aun cuando parecía serio y callado. Se desayunaba conmigo y con mis dos sobrinitas, pero lo hacía de prisa porque a esa hora llegaba el lechero de la hacienda con la correspondencia de los administradores y los pedidos que se le hacían. En esos menesteres trabajaba hasta como a las 10:00 am. hora en que salía a la calle, a los Bancos o a visitar a cier-

tos amigos de confianza. Siempre andaba solo y no gustaba de que otro tratase de darle una mano.

A las 12:00 m. — era la persona más puntual que he conocido— nos sentábamos a almorzar. Almorzaba con sopa de pollo, arroz con pollo, salpicón de pechuga de pollo, y aunque no comiera de todo, le agradaba ver en su mesa gran variedad de diversos platos donde escoger, la ensalada, el tomate con sal y vinagre, rebanadas de lomo, frutas, dulces y leche. A la hora de comer, no se hablaba en la mesa. Las únicas palabras que yo profería en esa ocasión eran solamente para preguntarle cuál de los platillos prefería. Se levantaba de la mesa el primero y siempre se excusaba diciéndome: "Adiós, señora, allá la espero". Se retiraba a un extremo del corredor, dando tiempo a que yo dispusiese del almuerzo con las demás personas que vivían en nuestro hogar. Luego me pedía que lo acompañara a la hamaca para descansar hasta las 2:00 pm., cuando después de tomar un jugo de naranja, se dedicaba a contestar la correspondencia, muchas veces escribiendo él personalmente en una máquina de escribir portátil, marca Olivetti, que le habían regalado en uno de sus cumpleaños. Ense-

guida, si no tenía visitas o no teníamos

decidido salir, se quedaba quietecito en su silla hasta que yo le decía: "Emilia-nito, no quieres que vayamos a mi finca que queda cerca?, o al Crucero?, o a Las Piedrecitas a tomar un poco de aire?" No había terminado de proponérselo cuan-



"Dos días después de aquella grave operación, se maravillaban de su espíritu los gentiles médicos norteamericanos".

do se levantaba y ya nos poníamos de viaje pidiéndome le pasara su sombrero y su saco.

Por la noche, cenábamos, como de costumbre, a las 7:00 pm., leíamos los periódicos, conversábamos sobre los trabajos que teníamos pendientes en las haciendas y planeábamos los viajes que necesitábamos hacer. Nos acostábamos a las 11:00 pm., después que se iban las últimas visitas.

Ya con su pijama puesta, lo recostaba en la cama y me sentaba a su lado en una silla para decir nuestras oraciones. Primero se persignaba y luego recitábamos un Padre Nuestro y un Ave María. Yo seguía a solas rezando mi rosario, pero él se limitaba a escucharme, porque lo encontraba muy largo. Esta costumbre de rezar no sé si la tenía antes de casarse conmigo. Era tan callado que no sabría decir si es que rezaba mentalmente. Pero un día le enseñé a que se persignara y que lo hiciera ante mí. Le dije que jamás veía que lo hiciera, que todo cristiano estaba en ese deber. "Yo tengo una gran obligación contigo", le decía, "que es cuidarte cómo a un tierno". Se ponía a sonreír y me decía: "Hay extremos de extremos, mi primera esposa Lastenia, nunca me exigio tanto, ella rezaba sola, pero tú me exigés que lo haga contigo". Pero me le impuse y lo hice acostumbrarse a rezar y aun a persignarse a solas sin que yo se lo dijera, y cuando él observaba que yo lo había visto hacerlo, acomodaba su almohada y me decía: "Está servida, señora, yo me voy a dormir".

Esta casa sólo la abandonábamos para cumplir con nuestras obligaciones sociales y para irnos al campo a trabajar. En una lancha de su propiedad cruzábamos el Lago, sin otra compañía que sus marineros. Llegábamos al otro lado donde nos esperaban nuestros mozos a caballo. El caballo del General, "El Terciopelo", era algo sagrado. Nadie debía montarlo. El caballo entraba al agua hasta acercarse a la lancha, con el agua a la barriga, y a él subía aquel anciano como cuando era un joven jinete. Y juntos hacíamos la travesía hasta llegar a la hacienda.

Estando en la hacienda se resolvía la salida al campo. Muchas veces, en el invierno, se veía venir la tempestad porque el cielo aparecía encapotado, y entonces él me decía: "Prepara tu capote que parece que quiere venir el agua"; y ya con sus espuelas puestas, me preguntaba: "Estamos listos, Merceditas? Nos ponemos en marcha?" Yo le respondía: "Sí, señor, cuando Usted mande!" Pero entonces los empleados intervenían diciéndole: "Pero, General, ya viene el agua y se van a remojar". "No importa", contestaba "tenemos que ir a dar una andada". Y salíamos sin que nos detuvieran ni la llovizna leve ni el aguacero formal.

Hay una parte en los potreros donde los caballos pasan por los suamos con el lodo hasta los ijares. Un muchacho a caballo iba adelante, enseguida él y yo detrás. El se volteaba y me decía: "Cómo es que tu ni te mojas los pies en esa tu mulita que es mucho más pequeña que mi caballo?" "Bueno, "le contestaba, "porque como yo también soy chiquita como la "Alazana", puedo subir los pies arriba de la albarda". Y él me quedaba viendo... ¡Qué días aquellos, los más felices cuando juntos salíamos al campo! El me quedaba viendo como yo me las manejaba, echando mis piernas hacia adelante y levantándolas para no enlodarme. El trataba de imitarme y lo lograba haciéndolo mejor que yo, porque lo que hacía era a la inversa, doblaba las rodillas y agarrándose del tejuelo de la albarda, zafaba los pies de los estribos y echaba tan atrás las piernas que casi sentaba en los talones.

Durante horas enteras hacíamos grandes recorridos para ver los terneros y las queseras y llegar a los corrales a la hora del ordeño. También recorríamos los algodones perdiéndonos entre las plantaciones, tomando él por un lado y yo por otro hasta juntarnos a la salida. "Bájate de la mula", me decía, "y fíjate si tiene plaga". Era incansable, y jamás lo ví de mal humor, a no ser una sola vez en que lo ví enojarse de veras.

Fue un día en que habíamos salido a hacer un recorrido por la costa del Lago para ver el ganado "pronto", es decir, el próximo a parir. Unas eran "tier-nas", otras de "correr" y otras "buenas" ya para sacar a las queseras. Seguimos adelante hasta llegar al sitio "El Karawala" donde habían 250 paridas y ya como a las 10:00 am., viendo que todo estaba bien, pasamos al "Porvenir". Decidimos entonces revisar otro terreno dispuesto para la siembra de algodón. Para llegar allí había que abrir varios portones y para eso llevábamos a un muchacho de la hacienda. Notó el General que el muchacho montaba un caballito nuevo, y le dijo: "Nunca te acontezca andar amansando bestias cuando andes con nosotros. Ya van dos veces con esta que te lo digo". Seguimos adelante y llegamos a un lugar que se llama "El Papalote" que consiste en potreros de zacate de Guinea. Pasamos varios corrales, enseguida la casa, luego entramos a una montaña ya próxima a la

Casa-hacienda. El muchacho volvió a abrirnos los portones de "La Ceiba". Eran ya como las 12:00 m. y hacía un sol fortísimo. El muchacho abrió el último portón. Pasó el General, pero en ese instante se le soltó al muchacho el portón que sostenía porque como era brioso el caballito nuevo que montaba, se le asustó. Yo, que seguía inmediatamente después, apenas pude sostener el portón con la mano y me golpeó un poquito. El General se alarmó y me preguntó insistentemente si me había golpeado, y aunque yo le aseguré que nada me había pasado, se encolerizó a tal extremo esta vez, que perdiendo los estribos, como se dice, dio de riendazos incesantes al muchacho, diciéndole que ya se lo había advertido.

Las circunstancias de estar caído el Partido Conservador y de hallarse en las condiciones en que todavía lo dejó, no desalentaron nunca al General Chamorro. No hubo día, desde que lo conocí, que su mente se distrajesse de la suerte y de las actividades del Partido. En Washington, no resistió quedarse por más tiempo hospitalizado, por regresarse a Nicaragua, posponiendo el estado de su salud a los intereses políticos de su Partido.

Hubo necesidad de traerle una silla de ruedas, pero tampoco resistía permanecer en ella, y estando prohibido de caminar, se incorporaba al menor descuido mío, y sólo volvía a ocuparla al sufrir el desvanecimiento a causa del corazón que le fallaba al echarse a andar.

Unos cuantos días antes de morir, quiso asistir a una reunión política en Granada, y estando el automóvil a la puerta de la casa, salió de ella a solas, caminando, para abordar el carro, cosa que hasta en ese instante me dí cuenta. Corrí ordenando al chofer que lo tomara del brazo, pero él no lo permitió, y por no contrariarme, le dijo al chofer: "Sígueme, pero no me toques". Tampoco permitió que llevaran la silla de ruedas en el automóvil. Cuando el carro se ponía en marcha, se despidió de mí, diciéndome sonriente: "Dentro de poco ya no voy a necesitar de esa silla, porque ya estoy bien".

Ni los años, ni las enfermedades, ni las dificultades lo hicieron "arrender". Nada le mortificaba tanto como que una persona le dijese que algo no podía hacerse. Aun en el campo era así. Yo, que lo conocía mejor que sus propios viejos empleados, les advertía a estos que supieran presentarle los problemas. Cuando salíamos, y había alguna dificultad en el camino donde fuéramos, por ejemplo, cuando salíamos a dar alguna vuelta por la montaña a darme algunas explicaciones referentes a hasta dónde llegaban los linderos de la propiedad y teníamos que internarnos por lugares que a los empleados parecían intransitables, puesto que las malezas del monte nos cerraban el paso, el General no resistía que el baquiano nos dijese que por allí no podía pasarse. El, entonces, le decía que se apartara y se echaba sobre el cuello de la bestia hasta quedar casi acostado sobre ella, y entraba sin que le importaran los bejucos y las espinas, hasta darse paso. Naturalmente, como yo iba detrás, donde él pasaba, pasaba yo también. En una oportunidad como esa, le llamé la atención a Máximo, el mandador de campo, a quien le dije: "Máximo, nunca le digas al General que no puedes pasar, porque entonces él te quita la delantera y se nos puede caer del caballo. Sigue siempre adelante".

Así como era en los campos de la hacienda, era también en el campo de la política. No se le podía decir que el Partido Conservador no siguiera adelante. Y quiso ser siempre el primero en abrir el camino.

Las muestras de ese temple de acero las dejó en sus últimas expresiones, siempre envueltas en ternura para mí. "Mi pañito de lágrimas" fue la última que pronunció cuando lo llevaba a acostar, empujándolo en su silla de ruedas, con mi barbilla rozando su cabeza, mientras yo le bromeaba llamándole, "Mi peloncito". Y fue en esos instantes, en que al sentir el roce de mi barbilla contra su cabeza, que sentí que esta se echaba hacia adelante bruscamente, después de haberme dicho: "No me estés haciendo maldades". Me detuve, y con mis dos manos quise levantarle la cabeza y le pregunté: "Qué te pasa, Emilianito, qué es lo que tienes?" Era la muerte. Pero él, mirándome, me dijo: "No es nada!" Y murió.

# INSTITUTO DE FOMENTO NACIONAL (INFONAC)

*"...aumentar, diversificar y racionalizar la producción nacional en todos sus aspectos..."*

## ORGANISMO NACIONAL TECNICO Y FINANCIERO AL SERVICIO DEL DESARROLLO NICARAGUENSE

**Compendio de Actividades de Interés Desarrolladas durante  
la Semana comprendida del 28 de Marzo al 2 de Abril y  
preparado especialmente para el Servicio de los Medios de  
Divulgación Nacional**

### **DIRECTORES DE ELPESA Y HERCASA**

En las oficinas de INFONAC se verificaron las Juntas Generales de Accionistas de las compañías Electroquímica Pennsalt S. A. (ELPESA) y Hércules de Centroamérica S. A. (HERCASA) empresas estas que fabricarán en el país sosa-cloro, insecticidas y que son parte importante del vasto complejo químico industrial auspiciado por la institución como industria de integración centroamericana para Nicaragua.

Verificadas que fueron las votaciones resultaron electos presidentes de ELPESA y HERCASA los Sres. Dr. José M. Castillo y Sr. Henry Reeves, respectivamente.

Los Directores de ambas compañías son los siguientes: Dr. José M. Castillo, Ing. Alfredo J. Sacasa, Lic. Héctor Wilkinson, Ing. Robert P. Ogden e Ing. James J. Rattray, de ELPESA, y Sr. Henry Reeves, Sr. S. R. Clarke, Sr. Warren Beasley, Ing. Alfredo J. Sacasa y Dr. José M. Castillo de HERCASA.

Se informó al término de las reuniones, que a mediados del presente mes de Abril se procederá a colocar en los terrenos donde estarán situadas las plantas una placa conmemorativa destinada a señalar este trascendental paso en la industrialización del país.

### **FACTIBILIDAD DE IMPORTANTE INDUSTRIA QUIMICA**

La Sección de Estudios Económicos del INFONAC, contando con la valiosa colaboración del Departamento de Investigaciones Tecnológicas del Banco Central, acaba de finalizar los correspondientes estudios para determinar la factibilidad y los procesos a seguir para la fabricación en el país de cloruro de polivinilo (P.V.C.) componente básico de una extensa gama de productos plásticos.

Para la fabricación de P.V.C. en el país, se requerirá explotar de manera intensiva las calizas nacionales, existentes en las regiones norte y sur del país, a fin de obtener carburo de calcio elemento indispensable en el proceso de fabricación.

Esta nueva industria significaría una inversión de aproximadamente \$35.000.000.00 (TREINTA Y CINCO MILLONES DE CORDOBAS) y se estima que daría empleo permanente a más de 500 personas.